



La Carayana
del Oro



Anna O. Nilsson

Robert Frazer





LLOYD, Frank

La Novela Metro-Goldwyn

Publicación semanal de argumentos
de películas de

Núm. METRO-GOLDWYN-MAYER 25
41 :: y FIRST NATIONAL :: Cents.

Ediciones BISTAGNE

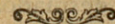
Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléfono 4423 A - Barcelona

LA CARAVANA DEL ORO

(THE SPLENDID ROAD, 1925)
Novela de aventuras

interpretada por

ANNA Q. NILSSON, LIONEL BARRYMORE, EDWARD
DAVIS, EDWARD EARLE, MARCELINE DAY,
ROBERT FRAZER.



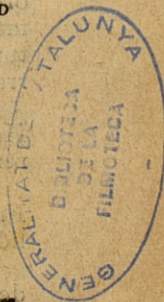
ES UN FILM

FIRST NATIONAL

DISTRIBUIDO POR

Metro-Goldwyn Corporation

MALLORCA, 220 - BARCELONA





La Caravana del Oro

Argumento de la película

El año 1849 fué el del descubrimiento del oro en California, cuando la perspectiva de mágicos tesoros atraía a los espíritus aventureros hacia aquel país, una especie de tierra prometida.

En los parajes desolados del Cabo de Hornos, un barco enfilaba su proa hacia las remotas costas de la tierra del oro.

Era el "Colonial Dame" rumbo a San Francisco, y a 120 días del puerto de salida, Boston.

Entre los viajeros figuraban John Grey, de Boston, que al frente de un grupo financiero se había propuesto invertir sus capitales en California; su hija Lilian, y el doctor Clark Bidwell, médico de John Grey.

Cierta mañana, en la proa, padre e hija contemplaban al doctor que paseaba por cubierta.

—Hace años que conoces al doctor Clark, Lilian, pero existe algo acerca de él que tú ignoras...

—¿Qué es, papá?

—Al acompañarme a California, lo hace con la idea de que un país nuevo le libre de un enemigo mortal...

—¿Quién puede odiarle?

—Ese enemigo, es, hija mía, el alcohol... El hombre se ha propuesto combatirlo con todas las fuerzas de su alma. ¡Dios quiera que lo consiga, porque es digno de la mejor suerte!

Era el doctor un hombre todavía joven sin otra debilidad que la del amor al vino. Pero había jurado abtenerse, no beber más, y pensaba conseguirlo.

El doctor Bidwell estaba hablando con una muchacha. Era Sandra Dehault, que viajaba sola. Huérfana, no tenía que rendir cuentas a nadie, y aquel viaje a California satisfacía un secreto anhelo de su alma romántica. Era un corazón intrépido, un espíritu aventurero, todo ello encerrado en un dulce envoltorio de mujer hermosa.

—¡Sola, sin apoyo y sin dinero, lanzarse a la conquista del oro! — le dijo el doctor—. Sinceramente la admiro. Demuestra usted una intrepidez rara en una mujer.

—No es el oro lo que me tienta, sino los riesgos y los azares que he de correr para conquistarlo...

El doctor se despidió de ella y atraído después por varios tripulantes fué con ellos a beber unas copas, olvidando sus propósitos de abstinencia. Encerróse en uno de los compartimientos del buque y sostuvo después de muchos licores, una violenta discusión con uno de los tripulantes a quien derribó de un puñetazo.

Aquella tarde por todo el barco se buscaba urgentemente al doctor. Alguien dió cuenta de él al capitán.

—El doctor Bidwell está en el pañol de proa, señor... según dicen... un poquitín mareado.

Fueron en su busca el capitán y el banquero Grey. El médico estaba amodorrado y le despertaron bruscamente.

—La viuda Gerhart está cada vez más grave, señor.

—¡Déjadme dormir! — repuso el médico.

—¡Vamos, Bidwell, recobre su espíritu! ¡Se trata de una vida que hay que salvar!

Casi a la fuerza fué llevado a uno de los camarotes donde una pobre mujer agonizaba. Sacando fuerza de flaqueza el doctor examinó a la doliente y luego dijo con melancolía:

—La operación es... sumamente delicada. Y no estoy en estado de... llevarla a cabo.

Estaban con ellos, Lilian, Sandra y otros pasajeros. El capitán rogó y dijo:

—Piense usted en los tres hijos de esa mujer... Reúna sus fuerzas y haga lo imposible por salvarla.

—¡Bien, lo probaremos!

Y con todo el poder de su voluntad, despejando de su cabeza los ardores que le había producido el alcohol, el doctor Bidwell trabó patético combate con la muerte.

Empero sucumbió en la contienda... Y los primeros rayos del alba iluminaron una bandera a media asta.

El doctor estaba afligido por no haber triunfado en la lucha con el dolor. Lilian dijo a su padre con gran compasión por el médico:

—¡Papá, no le abandones ahora! ¡Está el pobre tan profundamente desesperado!

Al amanecer fué echado al mar el cuerpo de la infeliz viuda. Pasaje y tripulación se reunieron a cubierta. El cadáver envuelto en un saco y con una gruesa piedra en su fondo fué colocado sobre una tabla. Se rezaron unas oraciones; el barco detuvo unos instantes su marcha y el cuerpo fué echado al mar, desapareciendo inmediatamente tragado por las olas.

Muchas mujeres lloraban... Las dos niñas mayores de la muerta daban muestras de un dolor sin igual. La mayorcita quiso saltar por la borda y gracias a la oportuni-

sima intervención de unos tripulantes, se evitó un nuevo dolor.

—¡Quiero reunirme con mamá, quiero ir a verla! — decía la muñeca.

Quedaban tres huérfanos, el menor de pocas semanas. ¿Qué hacer con ellos? El capitán reunió a sus pasajeros para decidir la suerte de los desventurados.

Las dos niñas fueron adoptadas por algunas familias compadecidas de aquella dolorosa situación. Pero quedaba el chiquitín.

—¡Tenemos ya dos! — dijo el capitán—. ¿Quién adoptará a ese pequeño?...

—¡Oh, es un estorbo el chiquillo!...

—¡No... no!...

Y todos rehusaron prohiarlo.

—¡Señores! — decía la niña mayor—. ¿Se lo suplico!... ¡No me separen de mi hermanito! ¡Yo soy su madrinita!...

Entonces se escuchó una voz argentina de mujer. Era Sandra que decía:

—¿Consienten ustedes en separar a unos hermanos? ¿Ustedes que son padres, querrían que sus hijos fueran alejados unos de otros? Antes que consentir ésto, prefiero adoptarlos a los tres.

Y abrazó a los tres huérfanos que comprendiendo las bondades de aquella mujer la miraron dulcemente.

—¡Criar a los tres... una mujer sola! — comentó uno de los pasajeros—. Me imagino

que la señorita Dehault no sabe bien la empresa que acomete.

—Señorita Dehault — dijo Lilian—. ¿Ha considerado usted friamente la responsabilidad que va a tener?

—Sí... sí... pero no quiero que los separen... Cuidaré de ellos.

Como hubiese protestas y habladurías, el capitán las acalló con su voz autoritaria:

—La señorita Dehault me merece plena confianza y en virtud de los poderes que me confiere el cargo, confío estos huérfanos a su amparo.

Quedó terminada la reunión. Y Sandra con aquellos tres hijos bajados del cielo se dispuso a emprender la conquista de la vida.

Unas horas más tarde alguien dijo emocionado:

—¡Por fin! ¡La Puerta del Oro! ¡San Francisco!

Y la vista de la ciudad y de la tierra donde el oro parecía surgir de sus entrañas para enriquecer las manos que lo acariciasen causó a todos los pasajeros una alegría vivísima.

¡A hacerse ricos! ¡A ganar dinero! ¡Oro... oro... oro! Y esa palabra era tormento y alegría a la vez...

En un barco especial los pasajeros del "Colonial Dame" remontaron la ría hasta el poblado de Sacramento, puerta de los terrenos auríferos.

Entre los que esperaban a los nuevos colonizadores, figuraba el capitán John Sutter, el hombre enérgico y audaz que fundó la población de Sacramento y dió, primero, el grito mágico de ¡Oro!

Se hallaba con él Stanton Halliday, de Boston, un joven no menos enérgico, encargado desde hacía dos años de los intereses de la Banca Grey en California.

—El señor Grey — comentaba Sutter con otros amigos— viene a Sacramento para darse cuenta personalmente de mi explotación agrícola y aportar, tal vez, el concurso de sus capitales.

Desembarcaron los emigrantes y Grey, su hija y el doctor Bidwell saludaron a Halliday y al capitán Sutter:

Halliday y Lilian marcharon juntos hacia delante y un mohín de celos se dibujó en las facciones del doctor:

Sutter comentó sonriendo:

—¡Forman una magnífica pareja su hija y Halliday!

Grey se echó a reír y exclamó:

—¡Siempre he deseado ese enlace! ¡Conozco a Halliday desde hace tantos años! ¡Esa unión colmaría todos mis afanes y esperanzas!

Nada dijo el doctor pero sintió por dentro las espigas de los celos que le pinchaban el alma. ¡Y él que en sus ensueños de solitario había creído poderse hacer amar de Lilian!

Sandra y sus hijos adoptivos habían hallado protección en un campamento de emigrantes recién llegados.

Su primer cuidado fué el de comprar un carro para trasladarse con su pequeña familia a los campos auríferos.

John Lighfott, el capitán de tren de carros, un colonizador establecido allí hacía tiempo, daba aquella noche sus consejos a los que le seguían:

—¡Pronto conseguiréis el objeto de vuestros afanes! Encontraréis oro muy cerca de aquí, en las barrancas y en los cursos de agua.

Y todos le escucharon con la emoción que produce la conquista...

Mientras tanto, al otro extremo de la ciudad, se celebraba con un baile la llegada de John Grey.

En el café se danzaba al estrepitoso so-

nido de una mala orquesta y en un despacho contiguo, Grey, con Sutter y otros amigos, hablaba de los negocios a realizar y consultaba planos.

—Estos terrenos pertenecen al capitán Sutter, pero los colonos pretenden que son tierras libres del Gobierno — decía uno de los negociantes.

—Mi representante, el señor Halliday, se ocupará del asunto. Veo, pues, que los derechos del capitán Sutter están legalmente fundados — dijo Grey—. Sin embargo, antes de prestarle el concurso de mis capitales, deseo ver despejados los terrenos.

Llamaron a Halliday y le encargaron de desposeer a los colonos de las tierras que sin razón ocupaban.

—Acepto el asunto — dijo el joven—. Pero con la condición de que no hay que apelar a la fuerza. Déjenme, pues, la elección del método que debe emplearse.

Le dieron un amplio voto de confianza para que realizara a su gusto la expropiación.

Al día siguiente, Lighfott decía a los que marchaban en los carros:

—¡Muchos de vosotros vais a emprender el camino que llega a los campos de oro! Dios ha bendecido a esta tierra, la más rica del mundo. Ella pertenece a todos aquellos que deseen establecer aquí sus hogares.

Y marchó la caravana hacia la conquista

del oro, como modernos argonautas. Pero Sandra sacrificó en el altar de sus nuevos deberes su ansia de aventura. En vez de lanzarse a la odisea de los buscadores de oro, se quedaría en Sacramento, sujeta a una vida rutinaria.

Lo primero que hizo fué dirigirse a un almacén donde pensaba adquirir ropas varoniles que le dieran mayor ligereza en los movimientos para trabajar.

Mientras ella adquiría géneros para sí y sus hijitos adoptivos, entró en el establecimiento un tal Buck Lockwell, un individuo que adoraba el vino y que sólo estaba sereno las semanas de dos jueves.

—Quiero un sombrero de copa... pero de una copa que sea una jarra ¿eh? — decía tambaleándose.

—Bien... hombre, bien... aguarde un momento — dijo el tendero.

Y continuó atendiendo a Sandra, quien le preguntó el coste de lo que había separado.

—Cien dólares, señorita — dijo el comerciante, que era un perfecto ladrón.

—¿Hacerme pagar cien dólares lo que vale treinta? — protestó la joven—. ¡Usted se quiere burlar de mí!

Buck, que además del vino adoraba a las mujeres, sonrió y dirigiéndose a Sandra con los brazos abiertos, le dijo:

—Aquí está Buck Lockwell para pagarle

lo que sea. No puedo permitir que una mujercita tan linda pase apuros...

Quiso abonarle el importe pero Sandra no se lo consintió. Entonces él dijo:

—¡Bah!... ¿qué es un pellizco de polvillo de oro? ¡Un besito de esos labios de rosa lo compensará!

—¡No... eso sí que no!

El borracho abarcándola por el talle quiso estampar en la flor de su labios el beso caliente impregnado de vaho alcohólico. Ella le rechazó enfurecida. Pero mujercita débil hubiera tal vez sido vencida en la lucha si en aquel instante no entrase en la taberna Halliday, quien pegó un estupendo puñetazo al borracho lanzándole contra una caja de huevos que se quebraron bajo su volumen de peso fuerte.

Después Halliday obligó al tendero a que rebajase en lo justo el precio de la venta y acompañó a Sandra hasta el carro.

La joven estaba agradecidísima a ese protector de aspecto franco y simpático.

—¡Mil gracias a un hombre galante! — le dijo.

Y sin poder contener el impulso de su inmensa gratitud se acercó a él y rozó con sus labios una de sus fuertes mejillas. Luego subió al carro cubriéndose la cara avergonzada.

—Señorita — dijo él, emocionado—. Pero ¿quién es usted?

—Sólo una mujer, débil como toda mujer, que tal vez siente en su alma haberle besado...

Y tirando de las riendas desapareció muy aprisa mientras Halliday quedaba acariciándose el rostro en el que creía aún percibir la huella delicada de una flor.

**

En un barrio apartado de la población, en la llamada calle de las puertas abiertas, Dan Clehollis había hallado un filón sin tener que ir a los campos auríferos. Su establecimiento era el único sitio de recreo de aquellos lugares.

Era una taberna donde se bebía, bailaba y jugaba...

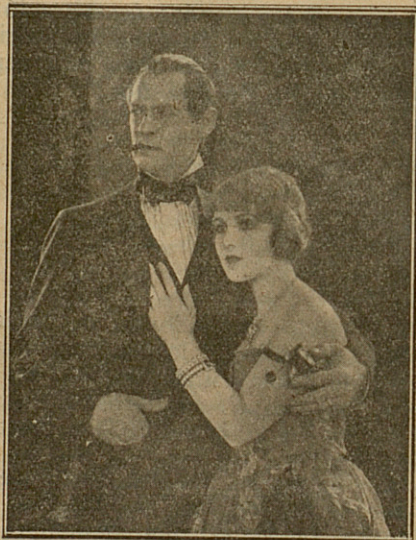
La mejor amiga de Dan llamábase Paulina "La Angélica" y era una de las artistas que actuaban allí; la predilecta.

La pianista era Nell Craig, una mujer que había sido en otro tiempo una famosa artista. Su presencia en aquel antro era el epílogo de uno de los muchos dramas sordidos de la vida.

Aquel día Sandra vestida de hombre y

con uno de los huerfanitos en brazos entró en el local.

La presencia de aquella joven atrajo la



La mejor amiga de Dan llamábase Paulina "La Angélica"...

atención de todos los concurrentes. ¡Hermosísima mujer!...

Nell acababa de tocar una pieza en el piano y Sandra acercándose a ella le rogó tuviese la bondad de repetirla. Así lo hizo

la pianista y, cuando terminó, Sandra le dijo:

—¡Gracias, amiga mía! ¡Toca usted tan bien!. Durante unos segundos me ha transportado a un mundo donde todo es belleza y sentimiento.

Dan, que se las daba de conquistador, acercóse a Sandra y le dijo:

—Sea bienvenida, señora, a un lugar donde las diversiones son poco abundantes. ¿Qué puede hacer por usted su propietario?

Ella, sonriente, respondió mirando a los clientes de la casa:

—Estoy buscando un equipo de hombres para construir mi casa. Y como veo aquí a muchos desocupados...

—Dió usted, señora, con lo que necesita. Mis clientes y yo tendremos el mayor placer en construirle una casa.

Comunicada la noticia a los que estaban en la taberna, uno de ellos dijo:

—¡Perfectamente, señorita! Pero la mano de obra está muy cara por estos lugares. Esto le costará, digamos... un dólar... por hombre y por día.

—Los salarios los encuentro muy razonables — contestó Sandra—. Podrán comenzar mañana al rayar el día.

Y aquellos hombres llenos de admiración hacia la mujercita en apariencia débil pero inmensamente fuerte, decidieron

efectuar la construcción de la casita... a un dólar diario.

En pocos días levantaron una cabaña en un claro del bosque que fué para Sandra el fin de sus sueños de aventura, pero un



—Durante unos segundos me ha transportado a un mundo donde todo es belleza y sentimiento.

hogar seguro y cómodo para su “pequeña familia”.

En la vida de Dan las mujeres no habían significado más que diversiones pasajeras.

Pero ahora desde que conociera a Sandra había cambiado de humor.

Habían terminado la casita y era preciso pagar a los obreros. Sandra les abonó hasta el último céntimo de sus ahorros pero quedó absolutamente exhausta. ¿Cómo hacerlo ahora para vivir?

Cierto día volvió a la taberna saludando a Dan y a sus hombres. Vió ella a un grupo de hombres que jugaban a los naipes y dijo sonriente:

—Tengo una corazonada! Creo que ganaría si jugase. ¡Pero no he jugado nunca!

—¡Pruébelo usted! — dijo Dan, sonriente—. ¡Yo le aseguro que ganará!...

Se sentó ella ante la mesa de juego. Dan hizo una seña al “banquero” y éste comprendió... Y ella comenzó a ganar, y en un pañolillo no cabían ya las monedas. Y no se imaginó nunca que debía su asombrosa suerte a Dan, a cuyo conjuro obedecían misteriosamente las cartas.

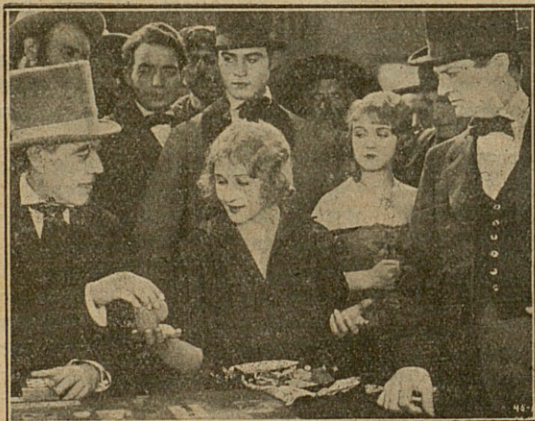
Pero mientras jugaba vió que entraba en la taberna Halliday, aquel joven a quien ella diera un beso, y se estremeció de emoción. ¿Qué diría él?

Comprendió en los ojos tristes de aquel muchacho su acción. Pero estaba tan entusiasmada, tan entregada a la morbosa pasión del azar, que no quiso mirarle y siguió jugando cada vez con más interés.

Halliday, melancólico, se alejó de allí,

¿Cómo era posible que aquella hermosa muchacha jugase? z

Por fin Sandra se retiró de la taberna, sin poder sostener apenas tanta moneda recogida. Sonriente, Dan, a quien le gustaba



Y ella comenzó a ganar...

infinito aquella mujer, la acompañó hasta su casa.

Ya en la puerta del modesto hogar, Dan quiso penetrar en el interior, pero ella le dijo con una sonrisa muy dulce:

—Gracias por haberme acompañado, señor. Aquí debemos separarnos.

No pretendió Dan extremar las cosas y se despidió de ella diciendo:

—Usted, señora, es una de esas mujeres que pueden obtenerlo todo, sin pedir nada.

Sandra sonrió a la galantería... Y entró en la cabaña abrazando a sus "hijitos" por los que acababa de ganar una pequeña fortuna.

Al siguiente día el banquero Grey dió orden de expulsión contra los colonos que ocupaban las tierras que, legítimamente, no les pertenecían. Y esta orden causó sensación entre los colonos. Halliday fué el encargado de transmitirla, pero Lighfoot, de cuya tierra querían desposeerle, contestó indignado:

—No me muevo de aquí. Esta tierra me pertenece legalmente en virtud del derecho del primer ocupante.

—Pero debe usted ser razonable, señor...

—¡Salga de aquí al instante! ¡Salga o le arrojo a puntapiés!

Halliday no quiso llevar las cosas a la tremenda y repuso:

—Luego cuando esté más sosegado, esta misma noche, le veré otra vez... Entretanto, reflexione...

Y salió a pasear por la calle pensando que costaría mucho expulsar a los colonos, y hasta tal vez se alterase la tranquilidad.

El sempiterno borracho Buck al cruzar una de las calles vió a un pobre vendedor, y le llamó:

—¡Eh, chinito! ¡Te convido a un trago!
Y se tambaleaba, según su costumbre.

—Glacias, no quielo — repuso el chino.

—¿Que no quieres? ¡Pues has de beber, puñales!

Se dirigió hacia él, el chino, un vejete infeliz, quiso escapar, pero Buck le cogió, tiró de su chaqueta y lo derribó al suelo sobre un charco. Mal lo hubiera pasado el chino de no llegar un auxilio oportuno.

Fué Sandra, quien, al ver tan malparado al oriental, corrió hacia él separándole del borracho; y haciendo caer a éste en la charca se complació en retenerle en ella, llenándole de barro.

—¡Oh, señolita, glacias!...

Halliday acertó a pasar por allí y al ver a Sandra en tales menesteres, lanzó una carcajada. ¡Qué bien se vengaba ella del infeliz borracho!

Pero como Buck pretendiese levantarse y agredir a la joven, Halliday corrió en auxilio de ella, y Sandra escapó hacia su casa no queriendo que el joven la mirase llena de barro.

Halliday después de castigar rudamente al borracho volvió a su hogar sin quitarse de su imaginación el rostro delicado de Sandra.

Sandra llevaba varias noches jugando en la taberna de Dan. Y aquella racha de suerte la envalentonaba y fascinaba por radian-

tes perspectivas. Y aquella noche ella había decidido sería la última. Haría buena la divisa del jugador temerario "O todo o nada".



—Usted, señora, es una de esas mujeres que pueden obtenerlo todo, sin pedir nada.

Jugó todo lo que había ganado desde la primera vez... Dan a su lado hizo una seña al "croupier"... Este comprendió... Y Sandra perdió de una vez todo el dinero.

Halliday cerca de allí hablaba con el colono Lighfoot y otros hombres:

—Este documento le convencerá a usted de nuestros derechos — decía Halliday.

Pero el colono no se dejaba convencer, no queriendo abandonar su tierra.

Sandra, descorazonada por haberlo perdido todo, se levantó y marchó acompañada de Dan. Este junto a la puerta le dijo con sonrisa maliciosa:

—Puesto que ha desafiado usted al azar, y el azar le ha jugado una mala treta, espero que aceptará mi protección.

—¡Gracias!... — contestó ella, secamente.

Paulina "La Angélica" vigilaba y los celos la mordían como áspides.

—La he querido desde el primer momento que la vi, Sandra... Le ofrezco protección, dinero, mi nombre — exclamó, Dan.

Y pretendió abrazarla. Ella protestó y pidió socorro... Y Halliday, que acababa de salir de la taberna, corrió a prestárselo, separando rudamente a Dan de la mujer.

—No vuelva usted a tocar a esa mujer en su vida, ¿entiende?

—¡Usted no es quién para meterse en mis asuntos! ¡Ya nos veremos! — rugió Dan.

Y se separó de ellos, que emprendieron juntos el camino hacia la cabaña.

Paulina salió al encuentro de Dan y le dijo con exaltación: :

—¡Ten cuidado, Dan! ¡Lo he visto todo! ¡Tú no me conoces todavía!

—¡Déjame! ¡No me hables!

Y malhumorado se fué a encerrar en su habitación no resignándose a fracasar en su intento.

Sandra decía entretanto a Halliday:

—¡Gracias, amigo mío! ¡Parece que el destino le ha dado por misión el socorrerme cada vez que corro un peligro!

Se despidió del joven... Y poco después, Halliday, no pudiendo resistir la emoción de volver a ver a la delicada criatura, fué a su cabaña. Sandra había recibido poco antes la visita del chino, quien, entregándole una maceta, le dijo:

—¡Chinito agladecido! ¡Chinito te legala un lilio blanco y pulo como tú!...

Halliday llamó a la cabaña. Ella no queriendo mostrarse esquiva con el joven le franqueó la entrada diciéndole:

—Usted ha sido el primer hombre que ha pasado el umbral de esa puerta.

Halliday miró con emoción la casita y vió a los tres niños.

—Dígame, se lo ruego, ¿quién es usted? ¿Y esos pequeñuelos? ¿Por ventura es usted su mamá?

Ella explicó la conmovedora historia de la adopción.

—¡Sandra, es usted una mujer admirable! ¡Desde que la vi no hago más que pensar en usted!

—¿Puede usted juzgarme tan favorablemente después de haberme visto sentada a una mesa de juego? — dijo ella—. ¿Y después de haberle besado a usted, a un hombre, sin conocerle?

Parecía acusarse de todos sus pecadillos pero él se sentía enamorado, y los perdonaba...

Mas de pronto abrióse la puerta y apareció Dan, quien miró celoso a Halliday.

Dispuesto a comprometer a la mujer que deseaba, el tabernero dijo con una sonrisa indiferente:

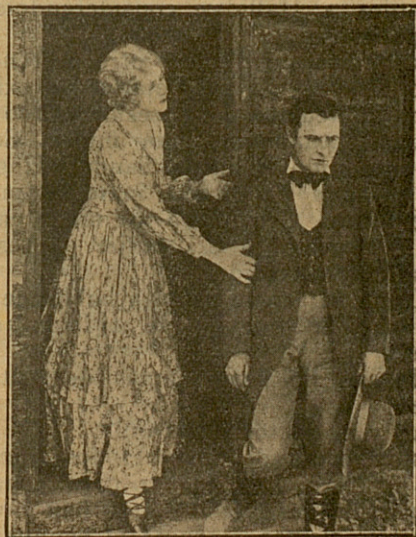
—¡Oh! Sandra, estaba seguro de que te encontraría sola... ¡Ya volveré otra vez! ¡Mil perdones!

Y volvió a salir. Ella, horrorizada por aquellas imprudentes palabras, se echó a llorar... Y Halliday alejóse de la cabaña pensando en qué clase de mujer era realmente Sandra.

**

En las largas horas de aquella noche la duda y la sospecha turbaron el sueño de Halliday. Pero a la mañana siguiente fué a ver a Sandra.

—¡Tengo plena confianza en ti, Sandra! ¡Te amo con todo mi corazón! — le dijo. Ella explicó claramente su vida y el mal-



Y Halliday alejose de la cabaña...

vado comportamiento de Dan... Y el joven prometió defenderla contra quien fuese.

—¡Yo te quiero, Sandra! Y un día seguiremos los dos la ruta maravillosa de nuestros sueños, tu mano en la mía...

Aquella tarde Halliday volvió al despacho del banquero donde estaba éste con su hija y el doctor Bidwell, que miraba con malos ojos a Halliday considerándole un rival peligroso.

—Acabamos de vender otro terreno — le dijo Grey—. El propietario ha exigido la toma inmediata de posesión. Creo que lo ocupa actualmente una mujer. Según tengo entendido se llama Sandra. Haga el favor de ir a expulsarla inmediatamente.

—Lo siento, Grey, pero me niego en absoluto a expulsar a esa mujer — respondió Halliday, decidido.

—¿Cómo se atreve usted a hablarme así? Usted hará lo que yo le ordene, ¿comprende?

—¡No, yo no usaré jamás de métodos brutales!

Lilian y el doctor callaban...

—Estoy harto de sus métodos humanitarios. Apelaré a la fuerza para expulsar a esa partida de parásitos que han invadido nuestras tierras — rugió el banquero.

Y aquel mismo día el doctor Bidwell que había adivinado que Halliday amaba a Sandra, fué a ver a ésta para rogarle que abandonase aquellas tierras, si era preciso, con el propio Halliday. Lo que él deseaba era alejar al muchacho, temeroso de que su unión con Lilian se llevase a cabo. Pero la joven se negó a salir de aquellas tierras.

Pocas horas después, el banquero Grey y sus hombres se dirigieron a la cabaña donde vivía Sandra.

—Este terreno que ocupa usted no le pertenece legalmente. Evácuelo en seguida o emplearemos la fuerza.

—¡Esta casa es mía! — protestó ella—. Da asilo a mis hijos de adopción. La defenderé mientras me quede aliento.

—¡Fuera de ahí!

Grey dió una orden, pero Sandra no estaba sola. Para defenderla se hallaban los demás colonos que cogieron piedras y garrotes comenzando a descargarlos contra los agentes oficiales.

Llegó Halliday que se puso al lado de Sandra, dispuesto a defenderla. Pero sonaron varios tiros, la lucha arreció en forma trágica y una de las balas tocó a Halliday que cayó herido levemente.

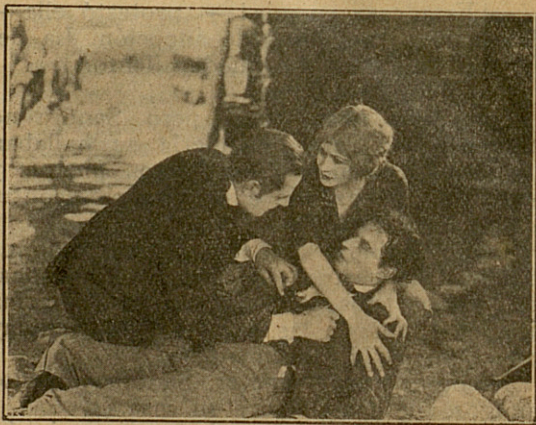
Recogido por el doctor, Sandra y varios amigos, fué conducido a su casa.

Sandra quedó en la cabaña, horrorizada, temerosa, pensando en lo que iba suceder allí. ¡Sacarla de su hogar... abandonar la cabaña... dejar sin asilo a sus niños! ¡Y el pobre Halliday! ¡Cómo la quería él! ¡Era muy grave su herida? Una profunda desesperación se apoderaba de su alma. ¡Y ella le quería con todo su corazón!

Y durante el resto de aquella noche y todo el día siguiente una terrible tempestad

tad desbordó las aguas del río Sacramento.

Halliday se encontraba ya casi bien de su ligera herida. Pero él no consentiría nunca que expulsasen a aquella mujer de su cabaña. El doctor Bidwell le atendía.



...cayó herido levemente.

Y en la confianza de aquella hora el médico le rogó le explicase qué clase de lazos le unían con Lilian. ¿Era verdad que, como decía Grey, deseaba casarse con ella? ¿Era ésto cierto?

El joven se echó a reír...

—¡Pero usted ha perdido el juicio, ami-

go mío! Lilian y yo somos amigos de la infancia... Nos queremos como dos hermanos. ¡Eso es todo!

—¿Es posible?

—Tenga usted la plena seguridad. Lilian no me quiere a mí más que de un modo fraternal. ¡Y yo adoro a Sandra!

Y emocionado el doctor Bidwell corrió a ver a Lilian para confesarle el amor que por ella sentía y que no se había atrevido a manifestar creyendo en la presencia del supuesto rival, más joven que él.

Poco después llegaron noticias de que el agua invadía la comarca.

—Hay que dar la voz de alarma. El dique no podrá resistir más de una hora. ¡Van a perecer todos los colonos!

Halliday, sin otra idea que la de Sandra, salió para socorrerla. El agua inundaba los campos. Y el dique se rompía, amenazando con invadir las viviendas.

En su cabaña, Sandra, veía, desesperada, el avance de las aguas. ¿Dónde ir que no la persiguiera la furia de los elementos?

Dan Clehollis, el dueño de la taberna, quiso tener un último gesto temerario. Locamente enamorado de Sandra, con exposición de su vida fué a su cabaña para salvarla y huir con ella.

Pero Paulina "La Angélica" espiaba... Al verle entrar en la cabaña, dió un grito de odio y con un revólver disparó contra

Dan que cayó en tierra con el corazón atravesado.

Luego huyó a la desesperada como una heroína de tragedia...

Sandra se horrorizó ante aquel nuevo contratiempo... Abrazando a los niños se dispuso a marchar a la ventura, pero las aguas, roto ya el dique, todo lo invadían.

Halliday llegó oportunamente y sabiendo con Sandra y los niños a un carro se alejó velozmente, buscando un lugar seguro y huyendo de las aguas que avanzaban veloces.

Y por fin, tras algunas horas de penosa marcha llegaron a lo alto de una pendiente... a un sitio que no podían alcanzar las aguas.

Y desde allí vieron la terrible inundación... Y a un hombre que luchaba entre las aguas para salvar a un animal, un cerdito... Era Buck Lockwell que tenía el corazón sensible y no podía tolerar la vista del prójimo desesperado.

Pero la corriente formando un remolino volteó al borracho y lo tragó en su insaciable sed.

También Paulina encontró la muerte en la corriente. Un brazo blanco que se agitó por última vez...

Por fortuna en la parte de la ciudad donde estaban los Grey, la inundación no lle-

gó a tristes consecuencias. Nadie sufrió daño.

El doctor Bidwell, curado ya para siempre del alcohol, confesó su amor a Lilian... Y Lilian le quería...

Llegó el alba, calmáronse los elementos y sobre la tierra devastada, volvió a brillar la sonrisa de las horas apacibles.

En el carro, Halliday abrazaba a Sandra quien tenía cerca a los tres hijos adoptivos

—¡Nos vamos hacia el Oregón, amada mía! — dijo Halliday—. ¡Allí hay oro a puñados... y nos haremos ricos!

Ella inclinó su cabeza en el pecho del mozo. ¡Cómo le adoraba!

Una voz se escuchó detrás de ellos. El vendedor chino sonreía, dentro del carro.

—Yo también voy allá como cocinelo... Pala selvil el festín de boda, señoles...

FIN

PRÓXIMO NÚMERO

La sugestiva película

EL JINETE DESCONOCIDO

por KEN MAYNARD

Gran éxito en las selectas Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

EL CAPITAN SORRELL

Estupendo reparto: Una de las películas
más bellas presentadas hasta la fecha

Sublime amor de padre.

Recomendamos con gran interés que ninguno de nues-
tros lectores se quede sin esta maravilla.

GRAN ÉXITO del tomo 12 de la
Biblioteca NUESTRO CORAZÓN
con la novela cubana

MARIA - LUISA

por Manuel Reinlein Sotomayor

CHANG es la mejor novela
de aventuras — —

EXCLUSIVA DE VENTA

SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA

Barbará, 16 - BARCELONA
Ferraz, 21, y Caños, 1 duplicado - MADRID

[B.]